

Queridos hermanos en misión

Al final de estos días de encuentro, mientras vamos recogiendo lo vivido, los rostros, las conversaciones, la oración compartida y tantas historias de misión que han pasado por nuestras conversaciones y por nuestros corazones, queremos compartir con ustedes algunas palabras nacidas de esta experiencia.

Estos días del Quinquenio han sido un momento particularmente significativo para volver a mirar nuestros primeros años de ministerio, con todo lo que han ido dejando en nuestra vida: aprendizajes, preguntas, alegrías, cansancios, búsquedas y, sobre todo, el deseo de seguir entregando la vida a la misión que un día recibimos.

Nuestra Congregación habita geografías muy distintas, lenguas, pueblos, sensibilidades y situaciones eclesiales también muy diversas. Encuentros como este hacen que esas distancias se acorten. De repente, lugares que en el mapa parecen muy lejanos se sientan en una misma mesa, celebran juntos la Eucaristía, comparten la Palabra, cuentan sus historias y descubren que el mismo carisma ha ido tomando carne de maneras diferentes.

Pensábamos estos días en una imagen muy querida para nuestra tradición claretiana: **la fragua**. La formación y la vida misionera necesitan de ese fuego que va dando forma lentamente a nuestra existencia. No salimos de ella terminados. Seguimos siendo trabajados por Dios, por la misión, por las comunidades a las que somos enviados, por nuestros hermanos y también por aquello que nos cuesta comprender de nosotros mismos. Estos años posteriores a la formación inicial nos han mostrado precisamente eso: **la vocación continúa siendo forjada cada día**.

Otra imagen que nos resonó fue **el telar**. Este encuentro ha tenido mucho de telar. Cada uno llegó con su propio hilo, con el color de su cultura, de su organismo, de su pueblo, de su experiencia apostólica y de su propia historia vocacional. Durante estos días esos hilos se han ido encontrando. Las conversaciones,



los momentos de oración, las celebraciones, las comidas, las risas y también las preguntas más profundas fueron tejiendo algo que ninguno de nosotros habría podido producir solo. Ahí hemos podido experimentar la riqueza de nuestra querida Congregación.

Somos hermanos provenientes de distintas nacionalidades, culturas y experiencias de misión. Cada uno trae consigo los rostros concretos de un pueblo, los desafíos de una Iglesia local, las alegrías de una comunidad y las heridas de aquellas personas con las que comparte la vida. Escucharnos ha ampliado nuestra mirada. La experiencia de un hermano ayuda a comprender mejor la propia misión y, muchas veces, también a mirarla desde otro lugar.

Por eso, este encuentro nos ha hecho tocar con las manos algo del camino **sinodal, intercultural y multicultural** que nuestra Congregación está llamada a seguir profundizando. La sinodalidad se vuelve muy concreta cuando aprendemos a escuchar al hermano, dejamos espacio para su palabra, discernimos juntos y comprendemos que nuestra misión pertenece a un cuerpo mucho mayor que nuestra comunidad, nuestro organismo o nuestro país.



En estos días resonó especialmente la invitación a pasar de “**mi ministerio**” a “**nuestra misión**”. Una expresión sencilla, pero que nos desafía profundamente a revisar cómo vivimos la corresponsabilidad, cómo compartimos la misión, cómo pedimos ayuda y cómo dejamos que otros también aporten sus dones.

El lema de nuestro encuentro, “**Misioneros proféticos y místicos en camino sinodal**”, fue entrando poco a poco en nuestra reflexión y en nuestra oración. Nos ayudó a volver al centro: nuestra relación con Jesús, nuestra manera de estar con el pueblo y la forma en que vivimos la fraternidad y el servicio

misionero. Estamos descubriendo nuevamente que la mística y la profecía no pueden separarse: necesitamos una experiencia profunda de Dios capaz de sostener una misión encarnada, cercana y comprometida.

Todo esto cobra todavía más sentido porque estamos caminando hacia el **XXVII Capítulo General**. Sentimos que estos días pueden aportar algo al discernimiento que la Congregación está comenzando a realizar. Somos una generación de misioneros que está viviendo sus primeros años de ministerio en un mundo que cambia con enorme rapidez. Hemos encontrado nuevas preguntas pastorales, nuevas realidades culturales, otros modos de relacionarnos, nuevas pobrezas, desplazamientos humanos, transformaciones tecnológicas y comunidades que nos enseñan diariamente otras maneras de reconocer la presencia de Dios.

Nos parece que algo del futuro de la Congregación ya estaba presente, de manera pequeña, en esta sala: **hermanos de diferentes lugares del mundo escuchándose y aprendiendo unos de otros.**

También hemos tomado mayor conciencia de nuestra fragilidad. En estos primeros años vamos comprendiendo mejor aquella imagen paulina: llevamos un tesoro en vasos de barro. Aprender a cuidar la oración, la fraternidad, la salud, nuestros vínculos y las amistades que sostienen la vida forma parte también de nuestra formación misionera. La fragua continúa encendida. Dios sigue trabajando nuestra vida.

Volvemos de este encuentro llevando muchos nombres, muchos rostros y muchas historias dentro de nosotros. Quizás ahí esté uno de sus frutos más hermosos: **salimos con una Congregación un poco más grande dentro del corazón.**

Pedimos al Corazón de María que continúe formando en nosotros el corazón del Hijo y que san Antonio María Claret mantenga vivo aquel fuego misionero



Quinquenio Cono Sur 2026 · Misioneros Claretianos

Casa Claret, Chaclacayo · Lima, Perú

que lo llevaba a buscar por todos los medios que Dios fuera conocido, amado, servido y alabado.

A todos ustedes, hermanos en misión, les hacemos llegar nuestro abrazo fraterno, nuestra oración y nuestra gratitud. Que podamos seguir cuidándonos, acompañándonos y animándonos mutuamente para crecer en fraternidad, discernimiento y misión, sabiendo que ninguno realiza solo la misión que hemos recibido.



En nombre de los participantes del Encuentro del Quinquenio del Cono Sur
Misioneros Claretianos
Chaclacayo, octubre de 2026